



## Comentario bibliográfico

**Jochen Böehler, Ota Konrád y Rudolf Kučera, *In the Shadow of the Great War. Physical Violence in East-Central Europe, 1917-1923* (Nueva York: Bergahn Books, 2021).**

**Boris Matías Grinchpun**

*Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra – Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” – Universidad de Buenos Aires / Núcleo de Estudios Judíos – Instituto de Desarrollo Económico y Social*

*matiasgrinchpun@gmail.com*

*Fecha de recepción: 10/07/2021*

*Fecha de aprobación: 20/07/2021*

**E**n su ensayo “Guerra y lenguaje”, el crítico literario Adan Kovacsics propuso una inusual geografía del conflicto que sacudió al mundo entre 1914 y 1918<sup>1</sup>. Lejos de las trincheras de Flandes y las playas de Gallipoli, su mirada recorrió los bulevares de Viena, los bosques de Janowitz y otros parajes más recónditos del heterogéneo Imperio de los Habsburgo, un beligerante frecuentemente relegado por la historiografía<sup>2</sup>.

---

1 Adan Kovacsics, “Guerra y lenguaje”, en *Guerra y lenguaje* (Barcelona: Acantilado, 2007), 67-136.

2 Desde ya, esto no implica la inexistencia de una bibliografía considerable sobre la “Monarquía Dual”, la cual se ha visto engrosada durante los últimos años: ver Adam Kozuchowski, “The Last Hundred Years. Some Observations on the Historiography of Austria-Hungary”, *RADOVI. Zavod za hrvatsku povijest* 50 (2018): 119-33; Aliaksandr Piahanaou, “Hungarian War Aims during WWI: Between Expansionism and Separatism”, *Central European Papers* 2, no. 2 (2014), 95-107; Alan Sked, “Austria-Hungary and the First World War”, *Historie@Politique. Politique, culture, société* 22 (Enero-Abril de 2014); y Samuel Williamson Jr., “Austria and the Origins of the Great War: A Selective

Honrando esta elección espacial, las preguntas del autor también rehuyeron lo convencional: su interés no residió en las malogradas campañas de Franz Conrad von Hötzendorf ni en las por momentos tensas relaciones entre las Potencias Centrales, sino en las disputas que la conflagración había desatado en el campo de la semiología, la lingüística y la poesía. En medio de la contienda, escritores como Rainer Maria Rilke recalaron en el Archivo de la Guerra para “peinar a los héroes”, eufemismo para una estetización de la violencia alcanzada a través de la fusión del lenguaje literario con el periodístico. Horrorizados por esta labor, a la que intelectuales de uno y otro bando se entregaron con distintos grados de entusiasmo (o cinismo), figuras como Walter Benjamin y Karl Kraus optaron por el silencio, no tanto por querer evidenciar la incapacidad del lenguaje para reflejar la carnicería como para condenar la banalización de la misma que sus colegas llevarían a cabo. Ante la proliferación de estos mercenarios del discurso, el mutismo habría cavado una trinchera inexpugnable en torno del verbo, aunque no necesariamente del *logos*. Eventualmente, Kraus rompería el silencio, cargando contra un periodismo que habría abandonado la sobriedad decimonónica en favor de una emotividad y un impresionismo que —a contracara de los artefactos bélicos— serían eminentemente barrocos. Benjamin, por su lado, recordó que el lenguaje no era un medio, como los proyectiles ensamblados en las fábricas, sino la manifestación “in-mediata” de una esencia espiritual, por lo que no podía ser instrumentalizado con impunidad.

Es este gesto, descentralizador ante el espacio e inconformista frente a la metodología, el que puede rastrearse en *In the shadow of the Great War*, una obra confeccionada colectivamente bajo la dirección de Jochen Böhler, Ota Konrád y Rudolf Kučera<sup>3</sup>. La colaboración de estos especialistas, un alemán y dos checos, exhibe el carácter transnacional de la empresa, al igual que la “Europa Centro-Oriental” a la que alude el subtítulo, las instituciones involucradas —el Imre Kertész Kolleg de Jena, el Instituto Masaryk y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Carolina de Praga

---

Historiographical Survey”, en 1914. *Austria-Hungary, the Origins and the First Year of World War I*, ed. Gunther Bischof y Ferdinand Karlhofer (Nueva Orleans: University of New Orleans Press, 2014), 21-34.

3 Los coordinadores realizaron aportes significativos a este área temática: Jochen Böhler, *Civil War in Central Europe, 1918-1921. The Reconstruction of Poland* (Oxford: Oxford University Press, 2018); Ota Konrád, “Two Post-War Paths: Popular Violence in the Bohemian Lands and in Austria in the Aftermath of World War I”, *Nationalities Papers* 49, no. 5 (Septiembre de 2018): 759-75 y Rudolf Kučera, *Rationed Life. Science, Everyday Life and Working-Class Politics in the Bohemian Lands, 1914-1918* (Nueva York: Bergahn Books, 2016).

— y los autores convocados, entre los que pueden hallarse rumanos, húngaros y rusos. Por cierto, podría explicarse esta pluralidad como una consecuencia del estudio de una entidad histórica que traspasa las actuales fronteras nacionales. De hecho, el recorte no se restringe a Austria-Hungría, sino que recupera campos de batalla olvidados en latitudes más lejanas, como Ucrania y el Báltico. Por fuera quedan, paradójicamente, los “gigantes” de Ken Follett, tanto en su faz beligerante como en la más negociadora y diplomática que predominaría una vez silenciados los cañones<sup>4</sup>. La cronología daría cuenta de este mismo impulso, ya que los textos referidos al período previo a 1918 se encuentran en franca minoría frente a los que se enfocan en lo ocurrido después. Viraje cuya inspiración queda explicitada en las alusiones a Robert Gerwarth y John Horne, pero que podría atribuirse a todo un sub-campo que hace ya varios años ha venido ampliando sus temáticas, espacios y cronologías<sup>5</sup>.

Un párrafo aparte merecen los abordajes heurísticos, igualmente infrecuentes para estos tópicos. Desde luego, no sería este el caso de la historia social y cultural de la violencia, cuya presencia es más que entendible en una obra colectiva sobre la Gran Guerra<sup>6</sup>. En este sentido, el análisis de los abusos y atrocidades ocurridos durante y después de la contienda, especialmente aquellos de carácter sexual, ocupa un lugar relevante<sup>7</sup>. Por cierto, íntimamente ligados están los estudios de género, en tanto ciertos estereotipos y roles —lo que un hombre y una mujer debían ser y

---

4 Ken Follett, *Fall of Giants* (Londres: Penguin, 2012).

5 Olivier Compagnon y Pierre Purseigle: “Geographies of mobilization and territories of belligerence during the First World War”, *Annales HSS* 71, no. 1 (2016): 37-60; John Horne y Robert Gerwart, eds. *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War* (Oxford: Oxford University Press, 2012); Robert Gerwarth, *The Vanquished. Why the First World War Failed to End, 1917-1923* (Londres: Allen Lane, 2016); y Jay Winter, “General introduction”, en *The Cambridge History of the First World War (I)*, ed. Jay Winter (Cambridge: Cambridge University Press, 2013), 1-10.

6 Antecedentes cercanos, en especial para nociones gravitantes como “áreas” y “comunidades de violencia”, son Omer Bartov y Eric Weitz, eds. *Shatterzone of Empires. Coexistence and Violence in the German, Habsburg, Russian and Ottoman Borderlands* (Bloomington, IN: Indiana University Press, 2013); Randall Collins, *Violence. A Micro-Sociological Theory* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2008); Peter Haslinger, “Frontiers of Violence. Paramilitärs als Gewaltgemeinschaften im Ostmitteleuropa der 1920er Jahre”, en *Gewaltgemeinschaften in der Geschichte. Entesehun, Kohäsionskraft und Zerfall*, ed. Winfried Speitkamp (Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 2017), 233-54; Gerwarth y Horne, *op.cit.*; y Piotr Wrobel, “Seeds of Violence. The Brutalization of an East European Region, 1917-1921”, *Journal of Modern European History* 1, no. 1 (2003): 125-49.

7 No puede soslayarse que los artículos relacionados no escapan a la reflexión sobre las categorías implementadas: Susan Brownmiller, *Against our Will. Men, Women and Rape* (Nueva York: Simon & Schuster, 1975); Ann Cahill, *Rethinking rape* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2001); y Ruth Siefert, “War and Rape: A Preliminary Analysis”, en *Mass Rape. The War against Women in Bosnia-Herzegovina*, ed. Alexandra Stiglmyer (Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 1994).

hacer— fueron reforzados en detrimento de otros<sup>8</sup>. Una dimensión tanto simbólica como performativa que se habría visto hondamente afectada por la conflagración, al igual que el incipiente mundo de la psicología, cruzado por polémicas sobre los suicidios y la “fatiga de guerra”<sup>9</sup>. Si la aproximación a las querellas entre positivistas y freudianos remite a una acendrada tradición de historia de las ciencias y las profesiones, menos frecuentada es la historia de los sentimientos, en la cual se entrecruzan las artes y las “ideas” con la biografía y la sociedad<sup>10</sup>.

En cuanto a la estructura, cuatro grandes ejes temáticos pueden discernirse: los ya mencionados “espacios” y “comunidades” de violencia en los “conflictos derivados”, que vertebran los capítulos 1, 2 y 5; las violaciones y otras formas de agresión sexual perpetradas por falanges contrarrevolucionarias en Hungría, exploradas en los capítulos 3 y 4; la evolución de la psiquiatría y el psicoanálisis en el Imperio Austro-Húngaro y los Estados-nacionales sucedáneos, en particular en relación con el suicidio y las “neurosis de guerra”, objeto de los capítulos 6 y 7; y las iniciativas y emprendimientos para recuperar y restaurar la moral en Europa Central y Oriental tras la contienda, creando así Estados militarmente fuertes y políticamente fértiles para la democracia liberal, que ocupan el centro de los capítulos 8 y 9. Ciertamente, las diversas combinaciones de fuentes y métodos —con ocasionales superposiciones— le dan a cada contribución una especificidad que no se agota en la mención de núcleos argumentales y problemas compartidos, por lo que cada sección merece un comentario aparte.

En la contribución que inaugura el volumen, Mathias Voigtmann se acerca a la continuación de la guerra en otros escenarios por los *Baltikumer*, veteranos alemanes que combatieron en Letonia y Estonia durante 1919. Sus motivaciones habrían sido tan numerosas como sus casi cator-

---

8 Robert Gerwarth, “Sexual and Non-Sexual Violence against ‘Politicised Women’ after the Great War”, en *Sexual Violence in Conflict Zones from the Ancient World to the Late Twentieth Century*, ed. Elisabeth Heinemann (Philadelphia, PA: University of Pennsylvania Press, 2011); Susan Grayzel, “Women and Men”, en *A Companion to World War I*, ed. John Horne (Oxford: Wiley-Blackwell, 2010); y Dagmar Herzog, “Introduction: War and Sexuality in Europe’s Twentieth Century”, en *Brutality and Desire. War and Sexuality in Europe’s Twentieth Century*, ed. Dagmar Herzog (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2011).

9 Maria Hermes, *Krankheit: Krieg. Psychiatrische Deutungen des Ersten Weltkrieges* (Essen: Klartext Verlag, 2012); Hans-Georg Hoyer, *Nervenschwäche und Krieg. Modernitätskritik und Krisenbewältigung in der österreichischen Psychiatrie, 1880-1920* (Viena: Böhlau Verlag, 2004); y Paul Lerner, *Hysterical Men. War, Psychiatry and the Politics of Trauma in Germany* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 2003).

10 Un excelente resumen historiográfico de este subcampo puede encontrarse en María Bjerg, “Una genealogía de la historia de las emociones”, *Quinto Sol* 23, no. 1 (Enero-Abril de 2019): 1-20.

ce mil efectivos, incluyendo las exageradas promesas de parcelas para asentarse propagadas por la República de Weimar; el ansia de luchar contra el comunismo, fuese en la forma de los rusos o de los grupos locales que simpatizaban con los bolcheviques; variopintas ideologías, desde el nacionalismo revanchista y el vitalismo belicista hasta un cristianismo militante; e innegables cuestiones personales, como huir del desempleo o la incapacidad de adaptarse al tiempo de paz. Las “comunidades de violencia” (*Gewaltgemeinschaften*) habrían ofrecido precisamente la oportunidad de proseguir con la refriega, manteniendo viva así la sociabilidad de las trincheras basada en la incondicionalidad, un férreo sentido de pertenencia y una incesante brutalización, en tanto la misma agresión disciplinaria y reafirmaría a los individuos. Pero también este conflicto “derivado” llegaría a su fin, y entonces los *Baltikumer* deberían enfrentar una nueva normalidad: si bien algunos lograron dejar la experiencia atrás, otros no lo habrían conseguido, tal cual lo revelarían numerosas memorias personales y una cultura del recuerdo que —materializada en revistas y asociaciones— perduraría hasta los cuarenta. Unos pocos se negaron incluso a deponer las armas y continuaron peleando, deviniendo articuladores (*networkers*) de violencia entusiastamente acogidos en formaciones paramilitares y políticas de las extremas derechas.

El apartado siguiente, a cargo de Christopher Gilley, se mueve al este para tratar la eclosión de disputas y soberanías en Ucrania desde 1918 hasta 1921, cargando las tintas sobre los señores de la guerra neo-cosacos que se multiplicaron por el territorio. También estos *otamany* habrían configurado comunidades de violencia, usando la hostilidad como cimiento de su autoridad sobre las bandas de campesinos y soldados que encabezaban. Revolucionaria o reaccionaria, la ideología habría sido una racionalización *ex post* de asaltos, raptos y saqueos, construyendo enemigos a partir de judíos, rumanos y elites. El carácter carismático de estos liderazgos no dejó de tener efectos en su ejercicio: tal cual lo mostrarían sus diarios privados y los pasquines que difundieron, los *otamany* se habrían visto obligados a modificar casi obsesivamente sus historias personales. No sólo porque el pragmatismo aconsejaba el engaño para cubrir antecedentes incómodos o decisiones desafortunadas, sino porque adaptar las narrativas a las volátiles coyunturas se volvió ineludible para que los grupos armados conservan su identidad, cohesión y sentido.

Tal cual se adelantó, la violencia también es el pivote del capítulo 5, donde Winson Chu revisa las crónicas confeccionadas por Joseph Roth durante la Guerra Polaco-Soviética de 1920. Na-

cido y criado en el Imperio de los Habsburgo, cuya armonía multicultural aplaudiría posteriormente con nostalgia, Roth es celebrado como un escritor sensible a las tradiciones de Europa Oriental, pero en esta coyuntura habría desplegado toda una batería de estereotipos negativos — mayormente de origen alemán— sobre Polonia. El periodista no sólo juzgó que ésta sería incapaz de sobrevivir como Estado, sino que sus regimientos se desmoronarían debido al alcoholismo rampante y a la cobardía de conscriptos que se retiraban ilesos. En contraposición, tanto los soviéticos como los *Freikorps* fueron percibidos favorablemente: mientras se idealizó a las huestes del Ejército Rojo por su pretendido igualitarismo y humanitarismo, los comandos alemanes son censurados por su ferocidad, pero respetados por su fervor de voluntarios. Los plebiscitos en los territorios fronterizos suscitaron opiniones similares, con Roth aseverando que Alemania, además de ser “culturalmente superior”, era también la única capaz de mantener la industria que había florecido en esas regiones. Tales motivos justificaron el carácter “voluntario” de la germanización, e hicieron que el escritor percibiera la retirada de las fuerzas teutonas como una nueva “puñalada trasera”. Con el pasar de los años, este joven perdería varios de sus prejuicios contra los polacos, aunque no todos, al tiempo que abrazaría un anti-nacionalismo cada vez más enfático, en tanto la xenofobia arrasaría con la preciada herencia “centro-europea”.

La situación en Hungría no fue menos agitada, dado que la caída de la República Soviética de Béla Kun fue seguida por una explosión en las acciones de las milicias nacionalistas, anticomunistas y contrarrevolucionarias. Si estas cohortes se entregaron a una amplia gama de delitos, con mayor o menor grado de anuencia oficial, Béla Bodó dedica su escrito a la generalización de la violencia sexual, legado —al menos en parte— de las Guerras Balcánicas y Mundiales. Como en otros ámbitos sociales, políticos y culturales, las contiendas corroyeron las normas establecidas, debilitando así las estructuras familiares y los roles de género consagrados. Pero, si se abrió una ventana para la emancipación y la expansión de libertades, también se articularon réplicas reaccionarias, las cuales adquirieron virulencia en la medida que los perpetradores también obtuvieron un mayor margen de maniobra. Sus acciones, sugiere Emily Gioelli en su colaboración, habrían devenido instrumentos para “restaurar” la supremacía masculina y una moral cristiana tradicionalista, aunque también habrían operado en una dirección contraria, al despedazar las mismas familias que proclamaban resguardar (pp. 77-8). El

pogrom de Diszel, en septiembre de 1919, revelaría cómo esos actores —pero también individuos por fuera de sus falanges— se convertirían en “artistas de la violencia” al interactuar con las muchedumbres, facilitando y desatando una agresividad que pasaba del insulto y el robo hasta llegar a un *potlach* de destrucción y asesinato<sup>11</sup>. Los mismos fines se habría querido alcanzar en “instituciones totales” como las prisiones, aunque con distintos medios: separados de la sociedad, estos dispositivos serían un fermento de agresión en los que todo estaría permitido<sup>12</sup>. Dada su condición de *homo sacer* (o, si se prefiere, *femina sacra*), la Sra. Hamburger habría sido sometida a torturas físicas y sexuales, acompañadas de humillaciones y un penoso cautiverio, con absoluta impunidad<sup>13</sup>. Cabe acotar que en ambas instancias habrían operado clivajes sociales, raciales, religiosos y de género que, como el mismo Bodó concede, la teoría interaccional de la violencia no cubriría.

Es precisamente la cuestión de la agencia la que Gioielli aborda en el capítulo 4, como una contribución a la resemantización académica y política del sufrimiento femenino provocado por los conflictos bélicos. Para ello, presta atención a los modos en que las narraciones de lo ocurrido a la Sra. Hamburger variaron en sus ejes, secuencias y subtextos de acuerdo a quiénes llevaron a cabo la reconstrucción: mientras que las versiones elaboradas por escritores judíos como Eugen Hajnal subrayaron las reverberaciones antisemitas, la investigación realizada por el *British Labour Party* (BLP) destacó las credenciales obreras y socialistas de la víctima para presentar su periplo como una aberrante manifestación de “terror blanco”. Por encima de las particularidades, sostiene Gioielli, podría verificarse una reproducción —voluntaria o no— de prejuicios, ya que los actos se volverían condenables dado el carácter intachable de la Sra. Hamburger antes que por sí mismos. Es en este punto donde resuena la interpretación que ella brindó en las entrevistas que dio al

---

11 Tanto este autor como Voigtmann, Gilley y Gioielli se apoyan en la distinción entre tres tipos de violencia de acuerdo a la actitud hacia el cuerpo ajeno: localizada (donde se lo trata sencillamente como un obstáculo por superar), raptiva (centrada en la penetración física) y autotélica (la destrucción total y deliberada). Ver Jan Philipp Reemtsma, *Vertrauen und Gewalt. Versuch über eine besondere Konstellation der Moderne* (Hamburgo: Verlag Hamburger, 2008).

12 Bodó apela aquí al Michel Foucault de *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008 [orig. francés 1975]) y *Teorías e instituciones penales. Curso en el Collège de France (1971-1972)* (México: Fondo de Cultura Económica, 2021 [orig. francés 2015]).

13 La referencia es, desde luego, Giorgio Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la vida desnuda* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2017 [orig. italiano 1995]).

BLP, donde los criterios raciales, sociales e ideológicos fueron relegados frente a la vejación de su modestia y su familia. Puesto de otro modo, en el relato de la víctima el episodio habría sido una tragedia personal antes que parte de una ofensiva antijudía, anti-obrera o anticomunista. De hecho, la autora pregunta incisivamente sobre los deseos de la Sra. Hamburger, cuyo compromiso — militando en favor de un tratado menos severo con Hungría— no le habría impedido sentir incomodidad al observar cómo una experiencia traumática a la vez que propia era reconvertida y esparcida por agentes diversos con agendas igualmente disímiles.

Uno de los efectos de estas conmociones es la principal preocupación de Hannes Leidinger en el capítulo 6, el cual repone las discusiones de sociólogos, psicólogos y políticos sobre el suicidio entre la *Belle Époque* y la inmediata posguerra. Si el foco continúa puesto en Austria-Hungría, el autor no se priva de citar a Émile Durkheim, cuyo ensayo fue poco leído en los años inmediatamente posteriores a su salida expresó una preocupación extendida<sup>14</sup>. No obstante, el estallido de la Gran Guerra habría hecho que la problemática virtualmente se esfumara de la prensa, persistiendo sólo inercialmente en la academia: en medio del conflicto, la muerte auto-provocada habría sido un acto deshonesto y desmoralizante, y por lo tanto elidido. Vale aclarar que diversos indicadores sugieren una caída en la tasa de suicidios masculinos a partir de 1914, lo cual fue explicado por Ursula Baumann en términos de una “absorción” de la hostilidad masculina en la matanza oficialmente sancionada de la guerra (p. 115). Habría sido recién tras la derrota que la cuestión recobró notoriedad, volviéndose —en un giro notorio— una demostración de heroísmo por parte de quienes preferían la extinción a la redención. Otros, por el contrario, percibieron el reflejo de una crisis socioeconómica pero también moral, de la cual serían responsables chivos expiatorios de lo más variopintos. La teorización también estuvo a la orden del día, con muchos especialistas argumentando que el shock del combate habría detonado una histeria subyacente, mientras Sigmund Freud maduraba la noción de pulsión de muerte<sup>15</sup>. En cualquier caso, opina Leidinger que el suicidio —y las neurosis en general— habría sido presentado y percibido como un fenómeno socialmente condenable, no sólo por poner de manifiesto la vulnerabilidad de las Fuerzas Armadas sino por representar una carga para la nación y el Estado.

---

14 Émile Durkheim, *El suicidio* (Buenos Aires: Losada, 2004 [orig. francés 1897]).

15 Sigmund Freud, *Más allá del principio del placer* (Buenos Aires: Amorrortu, 2014 [orig. alemán 1920]).

Inquietudes similares son exploradas por Maciej Gorny en la subsiguiente sección, dedicado a las “crisis nerviosas” entre las tropas austro-húngaras durante las batallas. Una oleada de heridas auto-infligidas y licencias por “neurastenia” —en especial entre los oficiales— hizo que los altos mandos y las autoridades políticas del Imperio Austro-Húngaro demandaran soluciones a los expertos. Pequeña fracción del cuerpo médico militar, psicólogos y psiquiatras se habrían visto beneficiados en tanto la contienda prestigió su discurso y su práctica. Por cierto, las respuestas que propusieron fueron tan variadas como infructuosas, desde la “sanación bélica” y la hipnosis hasta el mucho más riesgoso shock eléctrico, por entonces denominado “faradización”. A pesar de los daños e incluso de los fallecimientos, no hubo casi repercusiones legales para los profesionales, quienes reprodujeron durante la posguerra muchos de los prejuicios corrientes en los dominios de los Habsburgo: austríacos y húngaros reivindicaron así el arrojado de sus tropas al tiempo que acusaron a bohemios y eslavos de ser resentidos, desertores y de limitada inteligencia. Previsiblemente, los profesionales provenientes de esas minorías rechazaron las teorías de sus pares germanos y magiares, preparando el campo para el surgimiento de diversas escuelas nacionales en los veinte y treinta. Muchas de ellas retornarían a esquemas del *fin-de-siècle* como la exaltación del coraje, sugiriendo —como el artículo de Leidinger— la perdurable gravitación del “largo siglo XIX” en ciertas áreas del campo intelectual y cultural.

Ahora bien, la salud mental no dejó de ser una preocupación para las clases dirigentes: Ondřej Matějka resalta el interés de los Masaryk en que Checoslovaquia tuviese un ejército fuerte, lo que implicó una firme lealtad hacia el nuevo Estado, soldados disciplinados y un “espíritu ganador”. Fue para cultivar este último que se apeló a la *Young Men’s Christian Association* (YMCA), la cual había adquirido visibilidad en Europa durante la conflagración a partir de iniciativas como la asistencia a prisioneros de guerra. Estos “tíos americanos” ofrecieron buñuelos y tazas de chocolate caliente, pero también entretenimiento, deportes y la oportunidad de escribir a casa. Servicios básicos que, complementados por los cursos de educación cívica, apuntarían a cultivar valores democráticos, como el diálogo y el *fair play*. Sin embargo, Matějka discierne una arista menos altruista de esta empresa, como habría sido el intento de asegurar “Bohemia” —considerada crucial desde un punto de vista geo-estratégico— frente a una posible avanzada del bolchevismo. En

otras palabras, la construcción de una Checoslovaquia social y políticamente estable habría sido parte de lo que Donald Davis y Eugene Trani llamaron “Primera Guerra Fría”<sup>16</sup>.

El imperativo de cohesionar a las sociedades multiétnicas de los nuevos Estados-nacionales también está en el núcleo del capítulo 9, aunque la atención se mueva hacia Rumania. Cătălin Parfene describe a unas elites que, más allá de haber “triunfado” en la contienda, debieron afrontar el desafío de integrar a “minorías derrotadas” como los húngaros y los alemanes, por no mencionar la insidiosa injerencia del antisemitismo. Abrevando en Norbert Elias y Eric Hobsbawm<sup>17</sup>, la autora sostiene que un deporte cada vez más popular a nivel global como el fútbol se habría vuelto atractivo en ese escenario, ya que la camaradería entre grupos diversos en un equipo que representara a la nación en su conjunto fue considerada un instrumento formidable para cohesionar la sociedad durante la posguerra. O al menos eso habría anhelado Carol II, aún antes de ascender al trono. Pero sus nobles intenciones no bastarían, ya que la escuadra no sólo fue vapuleada en bochornosos encuentros, sino que la desproporcionada participación de ciertas nacionalidades generó suspicacia en la prensa y en la opinión pública. No sería entonces sorprendente que esta selección cayera presa en la década siguiente de los ataques de ultra-nacionalistas como Nicolae Iorga, Camil Petrescu y los miembros de la Legión de San Miguel Arcángel (p. 178).

Tanto Checoslovaquia como Rumania desempeñan un rol relevante en el epílogo, a cargo del especialista en historia europea contemporánea Boris Barth. Según este estudioso, dichos países serían excepcionales en “Europa Centro-Oriental” por ser los únicos ejemplos exitosos de democracia liberal y fascismo, respectivamente. En efecto, en el resto de la región no habrían estado dadas las condiciones para la primera —fuerzas armadas leales a la constitución, un sistema político capaz de incorporar sectores étnica, cultural y religiosamente diversos, entre otras— ni el segundo —como clases medias radicalizadas, ausentes a causa de una escasa urbanización que preservó la preponderancia a un campesinado más conservador que extremista. Fue así que las nacientes repúblicas en Austria y Hungría no alcanzaron una estabilidad duradera,

---

16 Donald E. David y Eugene P. Trani, *The First Cold War. The Legacy of Woodrow Wilson in US-Soviet Relations* (Columbia, MO: University of Missouri Press, 2002).

17 Eric Dunning y Norbert Elias, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992 [orig. inglés 1986]) y Eric Hobsbawm y Terence Range, *La invención de la tradición* (Barcelona: Crítica, 2005 [orig. inglés 1983]).

mientras que en el Reino de Bulgaria se instaló una dictadura militar más tradicional que revolucionaria a partir de la cooperación entre la monarquía y las Fuerzas Armadas, como en Grecia y España. Zozobras que justificadamente podrían atribuirse a los escollos que la zona encontró para insertarse en el mercado mundial en los veinte, a la fragilidad de las culturales políticas democráticas y liberales o a las acendradas rivalidades étnicas, sociales y religiosas, pero también a una guerra que —de acuerdo con la fórmula de Gerwarth— no logró terminar. A su manera, apunta Barth, la insatisfacción con el resultado (y el botín) de la contienda habría hecho que la abrumadora mayoría de las potencias fuera “revisionista”, lo cual difuminaba el límite entre vencedores y vencidos. De la misma manera que, según atestiguaría la progresiva brutalización, para muchos soldados y civiles, estadistas e intelectuales, se volvería cada vez más borrosa la barrera entre la guerra y su continuación por otros medios<sup>18</sup>.

---

18 George Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars* (Oxford: Oxford University Press, 1991).